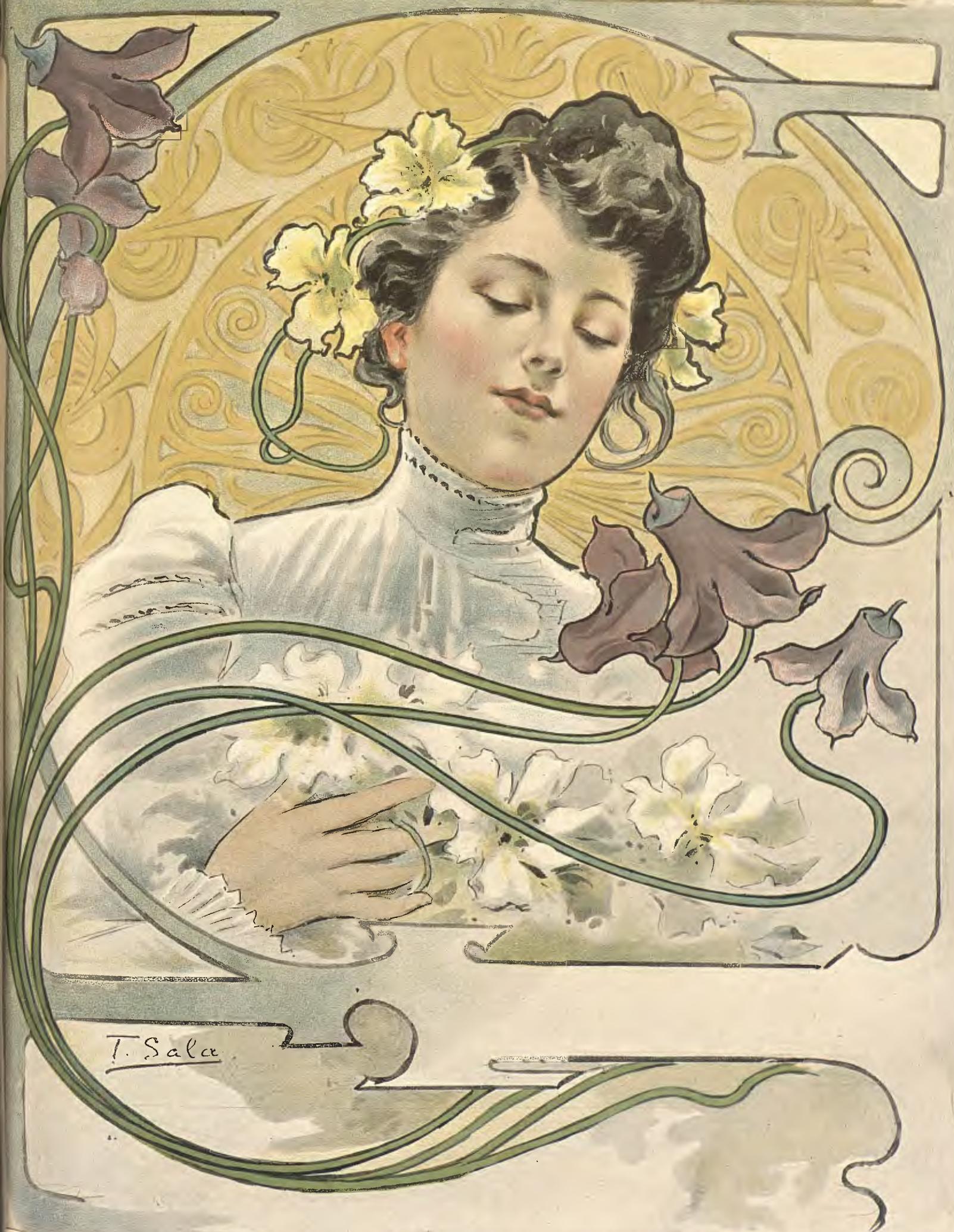


# HISPANIA



T. Sala



J. M. TAMBURINI.—SONRISA DE ABRIL



**U**n día, ya al anochecer, Elvirita, que venía del colegio de Loreto por el paseo de Gracia arriba, oyó sonar tras de sí un cascabel, cascabel que no paraba y que debía colgar á lo más á dos palmos del suelo. ¿Quién podía producir aquel retintín como no fuese un perro, y sobre todo un perro muy pequeño y muy bonito? La niña volvió la cabeza; la oscuridad cada vez mayor y la gente impidieronle ver lo que buscaba. Pero aquel retintín seguía sin cesar. Unas veces á diestra, otras á siniestra, ora más cerca, ora más lejos, en ocasiones acompañado de un gruñido lastimero, iba siguiéndola, persiguiéndola, rondándola como misterioso revoloteo que excitaba su curiosidad y se enseñoreaba de su pensamiento.

— ¿Dónde estará ese perrillo? — preguntó al criado que la acompañaba, para que él también lo buscara.

— Señorita, lo oigo, pero no lo veo. Debe ser muy pequeño.

— Por eso lo busco; para ver si he adivinado cómo es.

— ¿Cómo piensa V. que será?

— ¡Oh! Yo no me lo figuro tan pequeño, no. Debe ser uno de esos galguitos ingleses que parecen caballitos, ¿sabe V.? Por el estilo del que tiene doña Catalina, ¿se acuerda V.?... Pero, caramba, no pára. ¡Oh! Y llora, llora... Ese animalito anda perdido — añadió, volviendo otra vez la cabeza y parándose inútilmente.

— Bueno, ¿á qué preocuparse? ¿Qué le va V. hacer? Sigamos andando, antes que sus papás de V. nos riñan. Hoy ha salido V. más tarde.

— ¡Es que el *padre* nos ha echado una plática!... ¡Jesús, qué señor tan machacón!... Pero es que ese animalito me dá angustia. ¡Dilín, dilín, dilín! como si nos siguiere un pordiosero. Hasta me parece que dice: «Un centimito por amor de Dios; tengo hambre.»

El criado se echó á reír.

— ¿Se ríe V.? Pues qué, ¿no le dá lástima?

— ¿Lástima? ¿Y por qué?

— ¡Calle, calle! que ahora le he visto la cola; — dijo

la niña, parándose otra vez. — Y ¡qué lejos! Por allí, cerca de aquel banco y de aquellos chicos. ¡Gracias á Dios que encienden ya los faroles!... ¡Uy qué bestia! ¿Quién me ha pegado este empujón?

Y á pesar de los empellones que recibía de los transeuntes más atareados, no acertaba á moverse del mismo sitio.

— Vamos, señorita, vamos; mire V. que me reñirán.

Ni por esas. La niña desandaba lo andado, acercándose al perrillo, y escudriñando todos los rincones del paseo con el mayor afán.

— Ahora lo vuelvo á ver, — exclamó por fin; — es lo mismo que un caballito. ¡Y qué azorado anda, Señor! ¿Cómo busca! ¿No le digo á V. que anda perdido?

— Bueno, señorita, déjele V. por Dios; mire V. que se hace tarde; vamos.

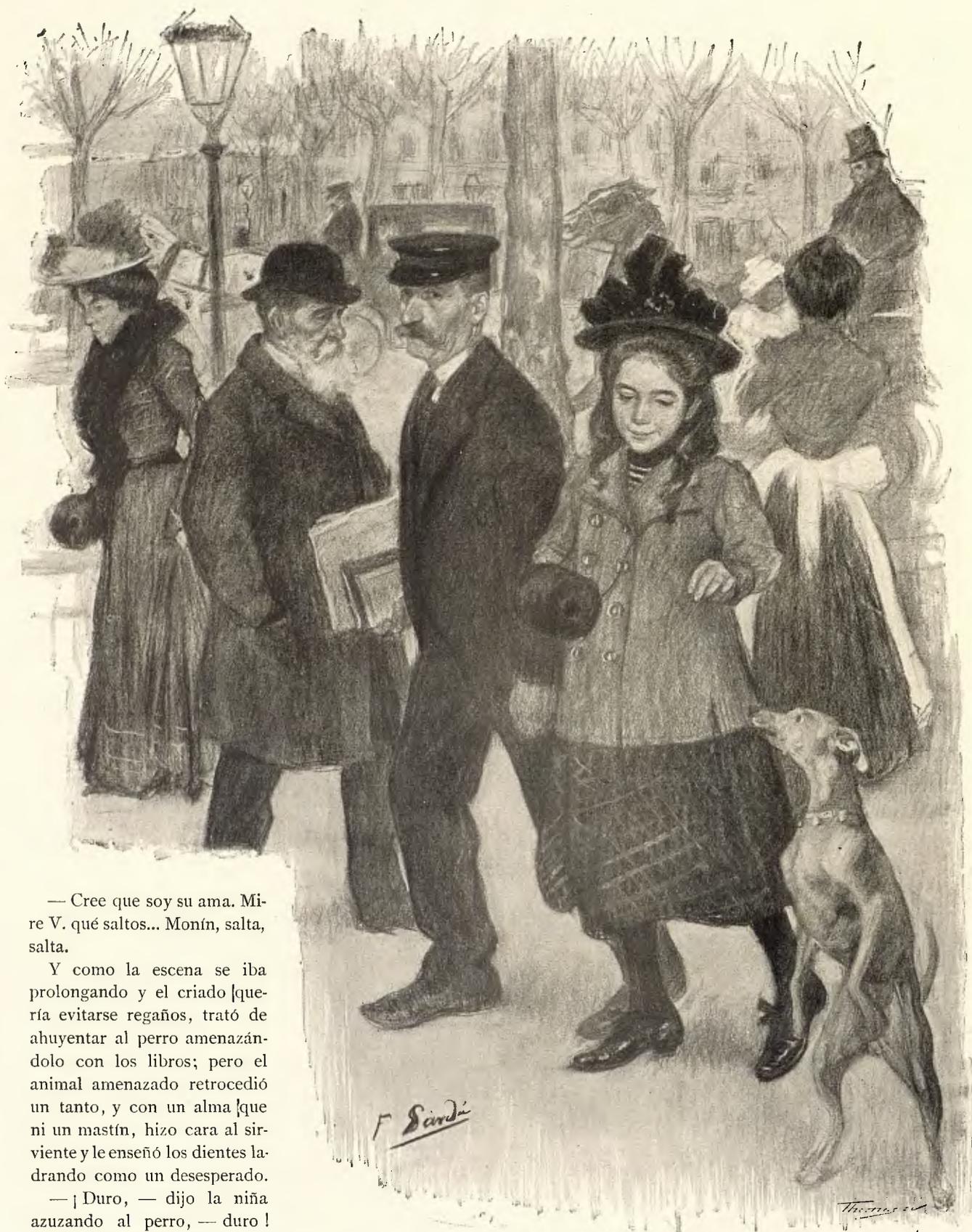
La niña meneó la cabeza malhumorada, y á regañadientes dejó correr al perro. Pero apenas habían dado diez pasos más hacia arriba, cuando el dilín dilín más precipitado y próximo del cascabel la hizo volver de nuevo. Se hallaban á la altura de la calle de Valencia; el paseo estaba ya mucho más alumbrado y despejado de gente. El perro galopaba, como decía la niña, galopaba desahogadamente entre los pocos transeuntes, y aunque haciendo eses, venía hacia ella.

— ¡Ay qué monín! — exclamó entusiasmada. — Y es del color que yo me figuraba: color de plomo. ¡Ay, que bo...ni...tooo!

No había acabado siquiera de pronunciar esta palabra, que ya tenía el perrito encima, encaramándose á sus rodillas todo tembloroso, gruñendo, saltando y arañándole el vestido con una nerviosidad y un modo tan desesperado de menear la cola, que no parecía sino que había encontrado á su amo.

— ¡Pobrete! Se le figura que soy su ama. ¿Qué quieres, monín, qué quieres? — dijo la niña, castañeteando los dedos con el brazo levantado.

Y el perro salta que salta, y cabriolas van y cabriolas vienen, meneando la cola como la niña meneaba los ojos de los cuales brotaban chispazos de alegría.



— Cree que soy su ama. Míre V. qué saltos... Monín, salta, salta.

Y como la escena se iba prolongando y el criado [quería evitarse regaños, trató de ahuyentar al perro amenazándolo con los libros; pero el animal amenazado retrocedió un tanto, y con un alma [que ni un mastín, hizo cara al sirviente y le enseñó los dientes ladrando como un desesperado.

— ¡Duro, — dijo la niña azuzando al perro, — duro! Uste se lo busca. ¿Con qué derecho se mete en mis asuntos? Quisiera que le mordiese... Vén aquí, monín, vén; no hagas caso de este majadero.

— Señorita, — contestó el criado con tono humilde porque sabía los puntos de insolencia que calzaba aquella niña mimada, — no creo haber dado á V. motivo para tratarme de esa manera.

— Sí, señor que me lo ha dado. Es V. un impertinente entrometido. Siga V. adelante, calle y no se meta

donde no le llaman, — exclamó, engallándose, la niña.

Y prescindiendo ya de aquel, acarició al perro é hizo que la siguiera hasta su casa á la que llegaron sin haber hablado una palabra más.

## II

La entrada del animalito revolvió la casa. Á los gritos de la niña, amos y criados acudieron maravillados. Visto

con buena luz, aquel perro resultaba ser un animal aristocrático, fino, bien cuidado, reluciente como seda, que ostentaba con rumbosa coquetería el elegante collar de piel de Rusia con su cascabel colgando. Todos le llamaban, todos lo querían, y él, meneando la cola, estirando aquellas orejitas que parecían hojitas de begonia rotas, corría de unos á otros, caracoleaba, brincaba y hacía tales extremos y daba tales gruñidos, que no parecía sino que quisiese hablar. Cualquiera habría dicho que conocía á aquellas personas años há, que volvía á la casa que había perdido.

Durante la cena, no abandonó la silla que le pusieron entre Elvirita y su madre, á las que divertía con los gestos vivos y elocuentes con que les pedía las cosas. La niña, sobre todo, se rió mucho más que comió. No hubo conversación posible. « ¡Qué hocico tan negro! ¡Qué dientes tan blancos! ¡Qué patitas tan delgadas y listas! » D. Víctor, que era extraordinariamente locuaz, le empezó á mirar de reojo, y más tarde, insinuó que era preciso devolverlo á sus amos. Pero la niña se puso triste, y como la niña se entristecía, la madre contradujo al marido.

— ¡Qué cosas tienes! ¿Y cómo sabrías de quién es?

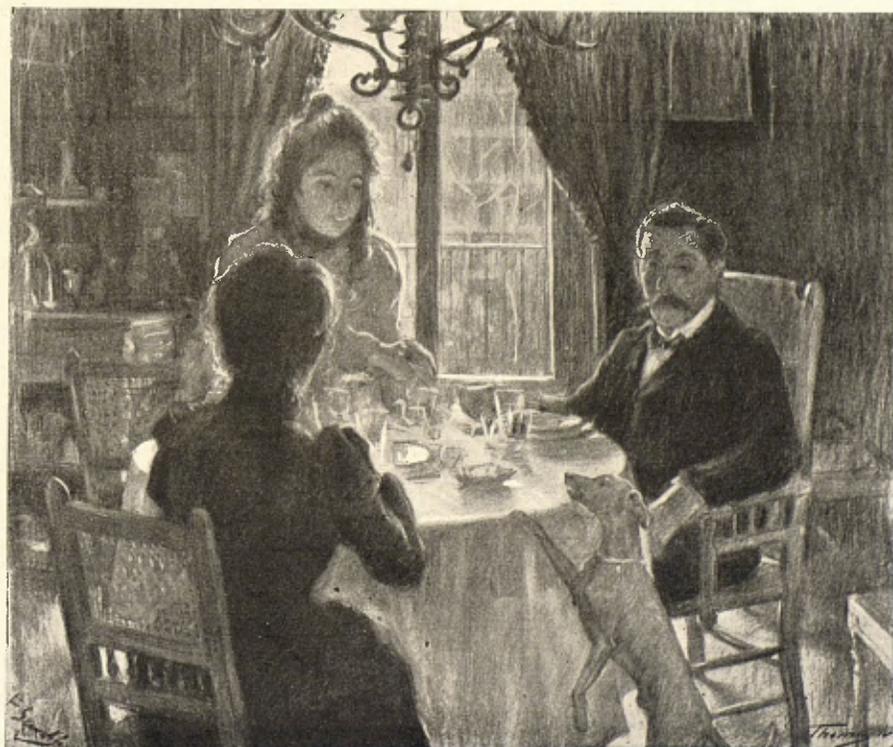
— Muy fácilmente; puesto que en el collar llevaba iniciales y número. Yendo á informarme al registro municipal de los perros.

Elvira abandonó repentinamente la mesa llevándose al perro, y arrancándose, tiró el collar no se sabe dónde, mientras en el comedor seguía el matrimonio cuestionando por lo que el marido llamaba deber natural y la mujer humorada caprichosa, ganas de llevar la contraria y de aguar una alegría á la niña. Entró ésta, y como siguiera la discusión, la emprendió acalorada con su papá, discutiendo insolentemente el derecho de propiedad sobre animales tan inteligentes y tan bien dotados de voluntad y cariño como aquél lo estaba. Oponía á este derecho la innata facultad de elección que podía tener el animal inteligente, la determinación espontánea que tomó en seguirla y el haberse defendido hasta de quien quería apartarlo de ella. Negaba en absoluto la objeción de que un perro, precisamente el más fiel de los animales, pudiera confundir personas, insistiendo repetidas veces en que si ella *poseía* ahora al animalito, no era porque se lo hubiese quitado á nadie, sino porque él la había seguido.

D. Víctor escuchaba con la boca abierta los extraños argumentos de su hija, no pudiendo explicarse de donde demonios había sacado toda aquella filosofía de derecho natural. Careciendo de argumentos que oponerle y ganado por la travesura más

bien que agraviado por la insolencia de su hija, puso fin á la discusión con un: « ¡Calla, mocosa! » autoritario, al que contestó el perro ladrando en defensa de la aludida; mas, por último, D. Víctor cedió á fuer de padre débil y bonachón.

Desde aquel día, y con el nombre exótico y mimoso de Dick, quedó el galgo dueño y señor del campo, hasta un extremo verdaderamente desolador. Juguetón como buen cachorro, brincaba por encima de las mesas y de las sillas mejor que un clown, y aquí rompía un jarro, allí derribaba una lámpara, más allá desgarraba vestidos, y ora deshilachaba alfombras y flecos, ora deshojaba flores ó rota un guante ó echaba á rodar un sombrero ó se escapaba al jardín á desmochar las plantas, á destruir las más hermosas que se oponían á su paso, cuando reñía con el gato. Aquello era un atropello continuo, una devastación, una tromba asoladora, capaz de arruinar á una familia, de acabar con sus amistades... pero ni el mismo D. Víctor lo veía. Él era el primero en llevar los bolsillos llenos de azúcar para que Dick se luciese con aquellos saltos inverosímiles, que daba arrancándose como un loco, previos dos ó tres gruñidos de impaciencia y algún ladrido cascado que era como un grito de locura y ya en conexión con el estrépito que producía al derribar alguna cosa. Doña Amalia, el ama de la casa, hacía que se tratase á aquel déspota como á una persona. Dick tenía su plato, á Dick no le faltaba su cama, una mantita para preservarse del frío, ni sus zapatitos de goma. Por la mañana tomaba su baño, por la tarde lo sacaban á paseo, y, al volver, lo cepillaban y le rociaban con esencias para que oliese bien. Así era que el afortunado animalito vivía lo más regalado del mundo, en medio de aquella familia, á la cual, fuerza es confesarlo, correspondía con una fidelidad tan grande que ni siquiera hacía caso de las perras. Pasando de una falda á otra, enroscado á los pies de la



señora cuando bordaba, pegado á la elegante chimenea cuando en las noches de invierno se reunía ante ella la tertulia, no abandonaba un solo día á sus amos, y cuando éstos ó él volvían de paseo, expresaba con bulliciosas demostraciones de alegría cuánto los había echado de menos en aquellos breves momentos de ausencia.

— ¡Dios nos libre de que se muriese! — decía á menudo D.<sup>a</sup> Amalia. — Le he cobrado mucho afecto á ese pobre animal al verle tan cariñoso.

— ¡Oh! Es que no le falta más que hablar. ¡Eh, pobrecito Dick! — exclamaba la niña en un arranque de entusiasmo, cogiéndole en brazos y dándole besos en el mismo hociquito.

Y cuando el perro se escapaba de sus brazos, ya le estaba esperando D. Víctor con un terrón de azúcar en los dedos para hacerlo saltar como una pelota, celebrando con una lagrimita el arrojito y ardimiento con que el animal bricaba. « Porque creedme, — decía muy formal, — si el animalito hace eso, no es por el azúcar (que demasiado harito debe estar de ello), sino por divertirme.»

Y esta situación de mútua cordialidad fué aumentando con el tiempo, hasta el punto de que, al cabo de cuatro años, aquellos señores, sin notarlo ni exagerar, hablaban del animalejo como de un individuo de la familia.

Pero como una felicidad absoluta es siempre pasajera, aun tratándose de perros afortunados como Dick, que era de los que se pueden citar como ejemplo de lo que vale el nacer con buena estrella, llegó un día en que Elvirita, la predilecta del animalito, enfrascada en las relaciones amorosas que contrajo, empezó, no diré á olvidar, pero sí á hacer menos caso del perrillo y á negarle á menudo las caricias que él seguía pidiéndole con una cola tan impaciente y movidiza y unos ojos tan tristes que demostraban sobrado lo que padecía.

De vez en cuando, se le escapaba á la muchacha decir:

— ¡Ay, hijo, qué pesado eres! ¿No ves que he de escribir á mi Pepin para que, en vez de venir á las ocho y cuarto, esté aquí á las ocho? ¡Ea! vete, vete, no seas impertinente.

Y el animalito, más triste que la noche, con el rabo entre piernas y llorando en su interior por aquella inconstancia que no sabía explicarse ni dejar de perdonar á cada paso, se iba á buscar consuelo en el regazo de D.<sup>a</sup> Amalia ó de D. Víctor que, por fortuna, se le mantenían aún leales.

De sus tres grandes pasiones ya no le quedaban al perro más que dos y gracias. Peor fué cuando con motivo de comprar los vestidos y alhajas para la joven, ni ésta ni su madre paraban en casa en todo el santo día de Dios, y ya no tenía el abandonado Dick más compañero cariñoso que D. Víctor, durante los pocos ratos que podía dedicarle. Aquella soledad le causaba una nostalgia espantosa, pero aun se desalentaba más el pobre animal al ver la frialdad con que se recibían las extremosas cabriolas con que seguía celebrando la llegada de sus amas siempre que volvían á casa. ¡Ah! ¡Qué dolor, al verse desdeñado de aquel modo! ¿Acaso no notaban aquel redoblar de sus patitas sobre la seda de sus faldas, ni los gruñidos de aflicción que daba? ¿No veían sus anhelos, ni sus saltos de alegría antes tan celebrados? ¿Por ventura no era el mismo, no las quería como antes? ¿Qué pasaba allí, qué significaba aquella mudanza tan cruel?

¡Es cierto que aun le respondían, alguna que otra vez, castañeteando los dedos... pero esto era tan poca cosa, comparado con lo de antes, que solo servía para hacer más doloroso el contraste! Tantos desaires le enflaquecían, hacían que se volviese gruñón, malhumorado y le obligaban á andar por la casa con las orejas gachas y arrastrando la cola, como un desdichado que ha perdido hasta el humor de vestirse.

Pero aun fué más gorda la que hizo D.<sup>a</sup> Amalia, la señora que en un principio había atendido á su bienestar con tanta generosidad. Acercándose el día de la boda de Elvira, concluídos ya los trajes, los iban llevando á la casa y las señoras no salían ya, para ir recibiendo todo. La alegría de Dick no tenía límites. Hacerlo estar quieto era imposible. La expresaba como podía y como mejor sabía, y el pobre no acertaba á comprender, porque sus amas, entusiasmadas con aquellas telas tan hermosas y atadas con cintas bonitas, no le hacían caso: harito trabajo tenían con irlas colocando, como en parada, en el salón destinado á exhibir el *trousseau*, y no podían permitir que Dick tan temerario, con el afán de acariciarlas continuamente, las hiciese caer de las manos aquellos montones de preciosidades ó les descosiese un adorno de algún vestido.

Quisieron dársele á entender, primero con algún conato de puntapié que, en su aturdimiento, quizás tomara el animalito por una broma que le gastaban, y luego á puñadas y á algún puntapié de veras, al ver que aún insistía. Dick, entonces, vió claro y ladró dolorosamente ofendido, pero corriendo en seguida á buscar á sus amas con las patitas levantadas para que le perdonasen aquel arranque de genio.

— ¡Qué impertinente estás! — exclamó la joven impacientada.

— ¡Y tanto! Marea, aburre, — añadió la madre. Y dejando el montón de camisas bordadas que traía en brazos, cogió al perrillo, lo llevó fuera de la habitación, y volviendo á entrar, cerró la puerta por dentro.

Pero Dick, que, como todo celoso, había perdido el juicio, lejos de irse á llorar á su cama, se puso á gemir detrás de aquella puerta, y viendo que no se la abrían, sin reparar en que era blanca y dorada, empezó rasca que te rasca con sus uñas, rayándola de mala manera y poniendo al que lo oía carne de gallina.

— ¡Diantre! — exclamaron las señoras ya desesperadas. — ¡Qué se lleven á Dick de ahí!

Y D.<sup>a</sup> Amalia tocó un botón eléctrico y mandó imperiosamente que cogiesen á Dick y, durante aquellos días, lo tuviesen atado en la cochera.

### III

Lo que padeció Dick en tan duro cautiverio se conoció sobradamente en su piel sedosa que había perdido todo su brillo y que tenía pegada á las costillas, como si le hubiesen prensado. No quería comer, aborrecía el agua, se pasaba el día aullando y dando tirones á la cadena, con un desaliento y una angustia que daban lástima.

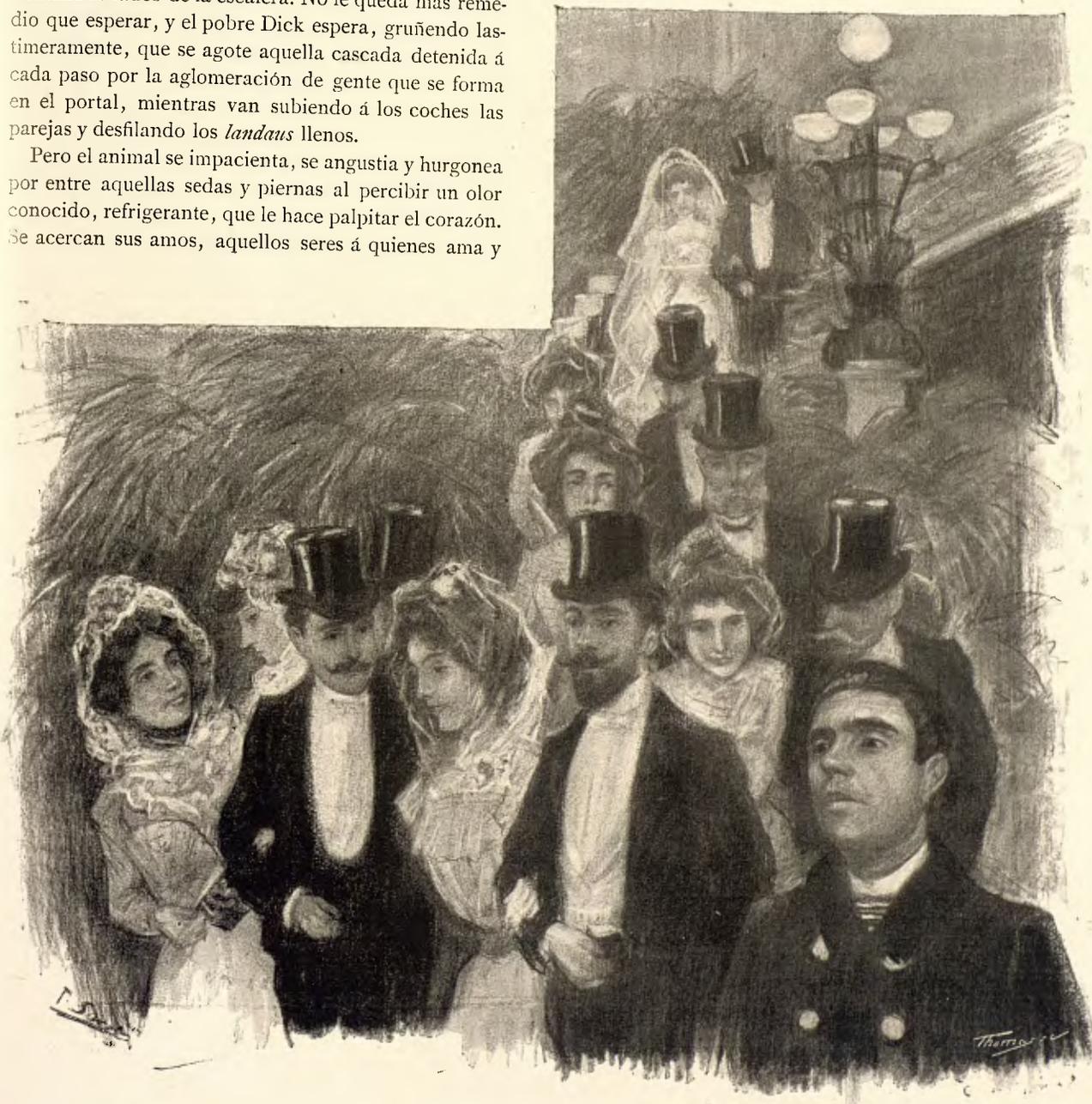
Por fin llegó la víspera de la boda. El trajín de la cochera fué tan grande que nadie se ocupó de Dick. Á la nostalgia de los de arriba se agregó, aquel día, el desdén de los de abajo. Coches y caballos, todo salió afuera. La

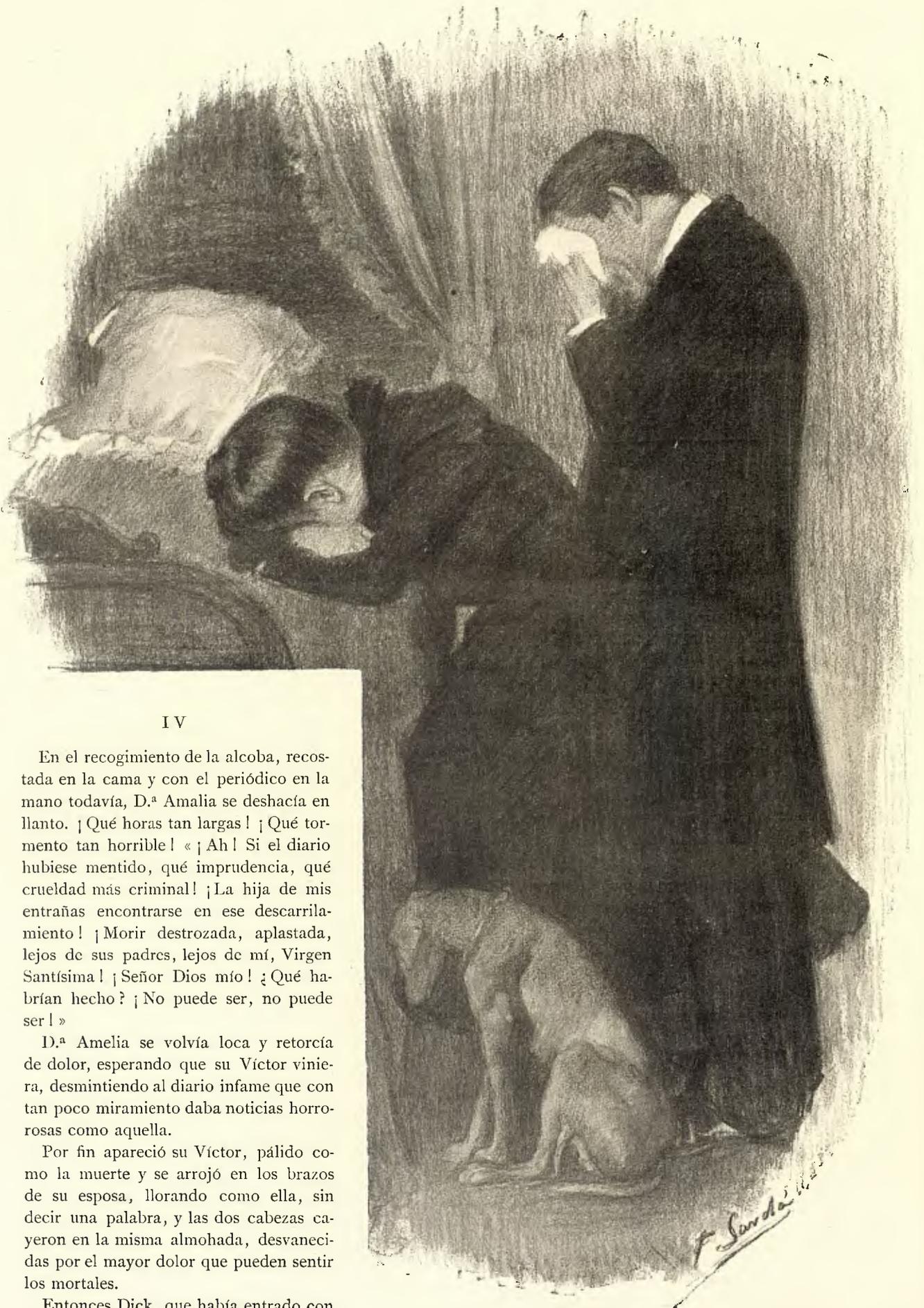
cochera quedó vacía y abierta de par en par; el movimiento de coches, que iban alineándose mientras tanto, delante de la casa, era sorprendente. Dick comprendió que se preparaba algo extraordinario, y al ver que no se contaba con él, que lo tenían olvidado, se puso fuera de sí y todo se le volvía llorar y ladrar y tirar más y más de la cadena. « ¿Serían capaces aquellos descastados de vaciar la casa y dejar que él se muriese de hambre? » Desde las orejas á la cola, le temblaba la piel como movida por corrientes eléctricas. Por último, oyó tanto bullicio en la escalera que se decidió á hacer un esfuerzo supremo. Del tirón que dió rompiósele el collar ya en mal estado, y por fin recobró la libertad.

De un salto se plantó en el pie de la escalera; pero una vez allí, vió estupefacto que de ella se desprendía con alegre rumor toda una cascada de jóvenes y de señoritas estorbándole el paso. Ellos van de frac, ellas adornadas de flores y encajes, despidiendo fragancias que le despistan, que le perturban el recuerdo de algunas caras que habría jurado conocer. Y la cascada es larga y compacta, porque todos van cogidos del brazo, encajonados entre las palmas y arbustos que los jardineros han puesto á entrambos lados de la escalera. No le queda más remedio que esperar, y el pobre Dick espera, gruñendo lastimeramente, que se agote aquella cascada detenida á cada paso por la aglomeración de gente que se forma en el portal, mientras van subiendo á los coches las parejas y desfilando los *landaus* llenos.

Pero el animal se impacienta, se angustia y hurgonea por entre aquellas sedas y piernas al percibir un olor conocido, refrigerante, que le hace palpitar el corazón. Se acercan sus amos, aquellos seres á quienes ama y

se despepita por ver, y quiere acercarse á ellos. Y las parejas se lo impiden, le pisan, le ahogan; mas él hurga que hurga, se abre paso y al fin dispone de tres escalones libres. ¡Oh gloria! ¡Oh cielo! En el cuarto escalón están parados, cogidos del brazo D. Víctor y Elvirita, él radiante de alegría, ella de pureza y hermosura, bajo su velo blanco y su diadema de flores de azahar. Los de abajo, así como los que la siguen, y su madre la primera, la contemplan embobados, celebrando la riqueza y buen gusto de su lujoso vestido de cola que lleva recogida al brazo. Dick ya no puede más; la alegría le empuja, y ¡paf! cuando menos se lo piensan, de un solo salto, temblando, enardecido, llega á los pies de su predilecta, ladrando de alegría y levantando las patitas. La joven chillaba de espanto; la madre grita: « ¡Ay, el vestido! » — « ¡Ay, pobre velo! » — gritan á su vez otras personas. D. Víctor, al oírlo, no se para en reflexionar y descarga á Dick un puntapie con tal acierto en mitad del vientre, que le arroja por el aire, como una bala, hasta el portal, como podría haber arrojado un andrajo.





#### IV

En el recogimiento de la alcoba, recostada en la cama y con el periódico en la mano todavía, D.<sup>a</sup> Amalia se deshacía en llanto. ¡Qué horas tan largas! ¡Qué tormento tan horrible! « ¡Ah! Si el diario hubiese mentido, qué imprudencia, qué crueldad más criminal! ¡La hija de mis entrañas encontrarse en ese descarrilamiento! ¡Morir destrozada, aplastada, lejos de sus padres, lejos de mí, Virgen Santísima! ¡Señor Dios mío! ¿Qué habrían hecho? ¡No puede ser, no puede ser! »

D.<sup>a</sup> Amelia se volvía loca y retorció de dolor, esperando que su Víctor viniera, desmintiendo al diario infame que con tan poco miramiento daba noticias horrosas como aquella.

Por fin apareció su Víctor, pálido como la muerte y se arrojó en los brazos de su esposa, llorando como ella, sin decir una palabra, y las dos cabezas cayeron en la misma almohada, desvanecidas por el mayor dolor que pueden sentir los mortales.

Entonces Dick, que había entrado con su amo, prorrumpió en un aullido doloroso, se acurrucó reverentemente á los pies de ambos esposos, y lloroso y compungido, no se cansó de lamer las lágrimas que aquellos desdichados iban derramando sobre el suelo.

*(Traducido del catalán, por A. M.)*

NARCISO OLLER



S. M. EL REY DON ALFONSO XIII, EN TRAJE DE PICADERO



Un nombre han pronunciado; y sonriente  
por mí memoria cruza su semblante...

En la profunda sombra, de repente  
surge, brilla y se apaga estrella errante,  
dejando un rastro, en pós, resplandeciente



Un nombre de mujer ha resbalado,  
despertando recuerdos, por mi oído...

El viento de la tarde, un delicado  
olor de primavera me ha traído,  
y entornando los ojos, he soñado.

Un nombre escucho, y en el alma flota  
el eco de una voz distante y grata...

En el silencio de la noche brota  
la música de alegre serenata,  
tanto más dulce cuanto más remota

Con su nombre una historia resucita...  
Me amó unas horas, me olvidó, y palpita  
en él ese recuerdo que nos deja  
estrella que fugáz se precipita  
en las tinieblas, flor que se marchita,  
y alegre serenata que se aleja.

Ricardo GIL



IGLESIA DE SANTA MARÍA DEL MAR

LA VISITA AL MONUMENTO EN LA MAÑANA DEL VIERNES SANTO

## LAS DOS ATMÓSFERAS



UÉ durante la época en que, para estudiar prácticamente el hipnotismo, andaba yo á caza de sonámbulas más ó menos auténticas. Una nota, que me facilitó un ayudante algo guasón, consignaba las señas de la nueva vidente — una tal Teodora — y añadía :

« No encuentra objetos perdidos ni da remedios, pero sus oráculos son pasmosos; por ejemplo : *Cuando tiembla el rayo y la perla llora, una gota de sangre llena el río.* »

« Parece que el negocio no marcha á pedir de boca. »

Mal iría el negocio, porque la casa era fea y sucia, el callejón triste y angosto, la escalera pringosa, y el patiecillo que pretendía darle luz, un intestino infecto y lóbrego que soltaba, desde lo hondo, un vaho de miseria casi nauseabundo.

Al llegar al cuarto tercero, llamé con los nudillos — porque ni aldaba había — y salió á abrirme un hombre mal afeitado y peor vestido. Llevaba un pañuelo arrollado al cuello para disimular la falta de camisa, y tan bien abrochada la americana de arriba abajo, que no era posible saber si prescindía igualmente de chaleco.

— ¿ No hay aquí una sonámbula ?

— Aquí es — contestó mi hombre — volviendo á cerrar la puerta.

La voz del descamisado, aquel metal de voz, me obligó á fijarme en su cara.

¡ Cuanta arruga ! ¡ Qué estragos causan los años y la adversidad ! Mas no era posible equivocarse: él también me había reconocido y luchaba entre la alegría y la vergüenza.

— ¿ No eres tú Diego ? — pregunté.

— El mismo. Ya ves en que situación me vuelves á encontrar.

Mi contestación fué un abrazo que él recibió con los ojos húmedos.

Cuando hubimos entrado en la menguada salita, donde la pequeña síbila recibía á los consultantes, cuando nos hubimos sentado y Diego se halló frente á mí, la humedad de sus ojos se resolvió en lágrimas y, precipitadamente, me contó la triste historia de los dieciocho años transcurridos, desde la última vez que comimos juntos en Fornos.

No era un tunante. ¡ Parece mentira ! Era todo un doctor en Filosofía y Letras. Diego poseía mediana inteligencia y una instrucción más profusa que práctica, puesta bajo la tutela de una sensibilidad preponderante y mal gobernada por el freno de una voluntad blanda. En esta última, ó más bien en su deficiencia, estaba el origen de sus mayores desventuras. Nos conocimos en el colegio, donde estudiamos cinco cursos en las mismas aulas; des-

pués, tras seis años de separación, nos volvimos á encontrar en Madrid, durante el período del doctorado.

Tuvo Diego antes de casarse una terrible desilusión, cuando perdió unas oposiciones á cátedra y se persuadió de que le faltaban la brillantez y la intención que asegurarían el triunfo en estas lides : no hubo más remedio que resignarse á dar lecciones en colegios y casas particulares. La arena política era terreno vedado para él, que aborrecía la intriga y era sumamente soso en la oratoria: el periodismo y la literatura exigían aquel adarme de inteligencia que la naturaleza le dió de menos al nacer, escatimándole ese piquillo insignificante que completa el peso mental en hombres que han de vivir de su ingenio, por lo cual Diego no pudo ser catedrático, político, periodista ni literato.

Reducido así á las lecciones y á traducir del francés, cuando podía conseguir esta mezquina ayuda, jamás pudo llevar la abundancia á su hogar honrado. Transcurrían años, nacían varoncitos, venían hembritas al mundo y la situación no mejoraba: lo que hizo fué empeorar y ponerse muy fea. Con la Restauración la enseñanza laica llegó á ser un funambulismo lastimoso: no era posible competir con las órdenes religiosas que disponen de profesores sin sueldo, obligados á desempeñar sus funciones con entusiasmo, so pena de vaciar su vida de toda ilusión; no era posible atraer la corriente de alumnos que va inevitablemente á la zaga de los hijos de los ricos, y los colegios particulares se morían, uno tras otro, como ovejas atacadas de misteriosa epizootia. Hoy faltaban á Diego los diez duros de este muerto y mañana faltarían los cinco de aquel otro agonizante, y un mes no había clase de latín, y un curso se acababa el repaso de retórica. Era la desaparición del oficio, la evaporación del pan, como cuando se acabaron los veloneros con el advenimiento del quinqué: un dolor sin consuelo.

Comenzó entonces el declive terrible que no se sabe hasta que profundidad conduce: la familia vendió y comió la viña de Diego, último resto de la herencia paterna; después fueron al trueque las galas de la madre y los cubiertos y las ropas y hasta las mantas; Diego tuvo que descender á dar lecciones penosas por treinta reales al mes, y á traducir á veinte céntimos la cuartilla. ¡ Oh fealdad inaguantable de la vida ! ¿ Á qué contar los días á media hambre y las noches sin abrigo ? Nada eran estas miserias comparadas con el sufrimiento moral, con la pena de ver á la pobre Cinta cosiendo sin descanso, para allegar algunos reales, con el dolor de verla, enferma de los ojos, consumir en la labor la poca vista que le quedaba. Luego venía el tormento de los hijos: Juanito, muerto de garrotillo; Consuelo, tan linda y tan dulce, muriéndose del tifus á los once años, y los otros dos, los más peque-

ños, yéndose también entre dolores, sin haber comido nunca lo bastante. Y Diego se retorció, desesperado de no poder acompañar á los que se iban, llorando por los que se quedaban. Siempre en habitaciones malsanas, siempre con deudas, con el hábito de mirar como golosina la leche, el vino como despilfarro y la fruta... como fruta prohibida.

Cuando Cinta no pudo ya coser ni Diego tuvo traducciones, hubiera sido preciso recurrir al pordioseo, á no ser por Teodora: era la única hija que les quedaba: ella fué la que discurrió lo del sonambulismo, la que ganaba algunas pesetillas para echarlas en la boca del lobo.

No podré olvidar nunca la conmoción de ternura que sentí, cuando entró Teodora dando el brazo á su madre. La espiga crecida en la oscuridad no es más blanca y esbelta que aquella heroína de dulcísimos ojos zarcos: el effluvio de sus pupilas tenía la frescura de la brisa del mar, y la abundosa madeja de cabello castaño, que llevaba recogida en un moñete, realzaba aún más el céreo color de la tez y la suave titilación de sus largas pestañas. Era muy delgadita, admirablemente proporcionada, y en el contorno del delicado busto asomaba la línea indecisa y adorable que responde al tránsito entre dos momentos, cuando el rocío de los cielos quiere cuajarse dentro de la flor terrena.

Teodora trajo á este valle de lágrimas lo que faltaba de imaginación en la mollera de Diego y otro tanto de añadidura. Había leído mucho y, durante el sueño hipnótico, combinaba elementos dispersos en su memoria y profería frases enigmáticas, en realidad vacías de sentido, pero que eran interpretadas por los consultantes con arreglo á sus deseos ó á sus temores. Sin embargo, la perfecta ingenui-

dad de la niña y su inexperiencia del mundo eran desfavorables para el negocio, y los supersticiosos la dejaban pronto, para ir á otras sonámbulas que les daban mejor mascado el alimento de su estupidez.

Diego comenzó á magnetizar á su hija ajustándose á un ritual anticuado y ridículo: como todos los que no son médicos, comprendía bastante mal el alcance de lo que estaba haciendo. Á mi me pareció desde luego una enormidad someter así á una voluntad tan endeble como la de su padre, la planta gallarda del espíritu de Teodora y cuando ví la adoración extática con que la niña le miraba, me arrojé á deshacer todo aquello con el mismo ímpetu con que hubiese sacado á la adolescente de entre los pies de un caballo desbocado.

Teodora estaba sentada junto á mi derecha. De pronto me volví y, sin hablar una palabra, la miré duramente en el fondo de los ojos: noté enseguida que daba en peña; Teodora buscaba los ojos de su padre, sobrecogida ante lo desconocido; pero no lo consentí. Púsele una mano en la nuca y con los dedos de la otra le cerré los párpados, gritando con imperio: ¡Duerme!

Tras una ligera sacudida, hija de la sorpresa, sentí oscilar los globos debajo de mis dedos y, poco después, el cuerpo se desplomaba en la silla, inerte y blando.

— Teodora, — le dije — ¿á quién quieres más, á tu padre ó á mí?

— Á mi padre.

— Buena muchacha. Ahora óyeme bien: graba esto en tu alma con letras de fuego: Jamás, jamás en adelante, ni tu padre ni otro hombre nacido podrá volver á dormirte. Repítelo.

— Jamás podrá ya dormirme mi padre, ni tampoco hombre alguno.

— Vuelve el filo de tu alma hacia arriba. Cuando el





rayo del cielo venga temblando á quebrarse en él, recíbelo bien despierta. Cuando la perla lllore, ponla junto á otra perla que consuele. Cuando la gota de sangre llene el río, déjalo correr hasta el mar, que es su centro. Despiértate.

Diego me miraba asombrado.

— Mira, Diego — le dije — te he hecho un gran favor. En lo sucesivo no será ya posible que andes jugando con estas cosas de hipnotismo que son más serias de lo que tú crees. Así no podeis continuar: es absolutamente preciso que tengais otro modo de vivir más higiénico. Voy á ocuparme activamente de esto y espero poder traerte pronto buenas noticias.

Diego me abrazó conmovido, la pobre Cinta lloraba y Teodora me hubiera besado la mano, á no ser por una mirada mía imperativa que le cortó la acción como un cuchillo corta una cuerda.

Ocho días después, mi amigo recibió proposiciones del barón de Rugat para encargarle la administración de sus fincas en cierto distrito de Levante; mas para ello le era forzoso vivir en el campo, y se le señalaba la alquería del Rosario como punto de residencia.

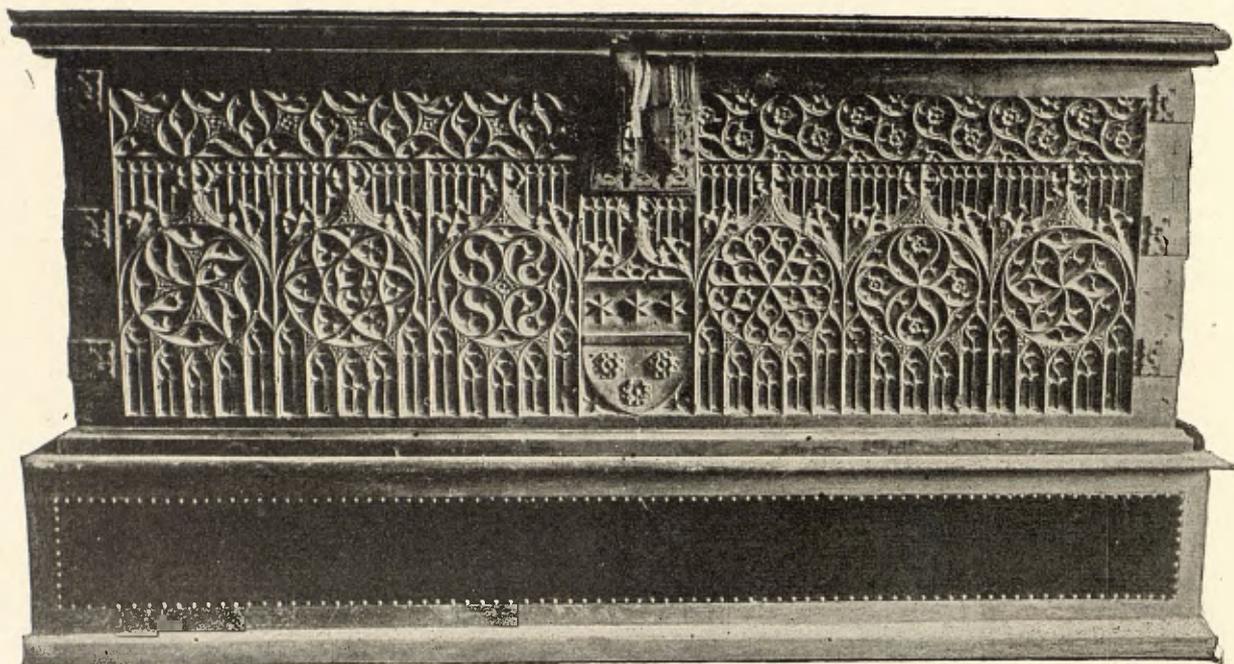
Diego aceptó el empleo con júbilo. Hasta entonces, del mundo no había bebido más que la hiel y el vinagre; de la naturaleza no conocía más que desviaciones y extremos: la lobreguez, el dolor, el frío y la muerte. La sonámbula y sus padres iban á ser restituídos al seno amantísimo de la madre que no varía, al calor del sol, á la emanación de la tierra generosa.

Por las cartas de Diego y por las minuciosas páginas

que me escribió Teodora puedo reconstruir la escena de la llegada de los tres desterrados á los umbrales de su inesperado paraíso. Era en una mañana de Junio: en la puerta de la alquería esperaba á los viajeros la señá Facunda, la rolliza hortelana. Teodora y su madre entraron en el huerto alborozadas y curiosas, bañáronse en el sol y el aire campestre, embebidas en la contemplación de aquel mundo nuevo que era suyo, de aquel mundo sonriente, deslumbrador, en plena lozanía de expansión. Los parrales que rodean la casa y corren á lo largo de las tapias, engalanados con el follaje exuberante, moviendo en la brisa el verde fresco de sus pámpanos, convidaban con el regazo de su sombra al descanso y al olvido de las antiguas penas; las verduras formaban cuadros y tablas de armonioso color; de frutal á frutal corrían cuerdas cargadas con los blanquísimos lienzos de la colada y, atada á un rodrigón, una cabra murciana mordiscaba un manojito de zanahorias y miraba á la pobre Cinta con ojos húmedos de cariño. La señá Facunda la ordeñó con mucho aseo y fué á poner el jarro sobre una mesita que, junto á un grupo de nísperos, sostenía el almuerzo preparado para la familia.

Entre tanto, Diego no se movía del umbral, aletado, con el alma en los ojos; miraba al cielo, á los árboles, á la cabra, á la señá Facunda, al almuerzo, sin articular una palabra. Y escribe Teodora que en aquel momento le vió caer de rodillas y besar amorosamente la tierra.

MANUEL LASSALA



Arcón que perteneció á la Catedral de Leon.- Siglo XV

## ARTE ANTIGUO

## Arcones góticos del Museo Arqueológico Nacional

Á medida que han variado las costumbres en el curso de los siglos, ha variado el mueblaje en que ellas se reflejan. Hoy el mueble principal de un hogar ó de una persona bien acomodada es el armario y antiguamente, esto es, hasta el siglo xvi, era el arca. En ella se guardaba lo más precioso de la casa: las ropas ricas, las alhajas, el dinero. Por eso, arca es voz sinónima de tesoro y la antigua literatura está llena de referencias de ello. Mueble cómodo, porque era de bien proporcionada capacidad, porque era fácilmente trasportable y porque en los aposentos se utilizaba como asiento y si era de suficiente altura como mesa, el arca se conoce desde la Antigüedad; y en la Edad Media, sobre todo en la segunda mitad llegó á adquirir también importancia artística. Fué tan general su empleo que se fabricaron arcas con muy diversos fines. Con arreglo á ellos diferencian los arqueólogos las siguientes clases de arcas ó arcones, puesto que la mayoría de los que se conservan son grandes: 1.º Arcón mortuario ó funerario, como es el de S. Isidro, en Madrid; 2.º Arcón garofiláceo ó sea los destinados en las iglesias á los vasos sagrados, enseres del culto y ropas sacerdotales; 3.º Arcón-archivo, para guardar, enrollados y en sentido vertical, los documentos de pergamino, como aun los conserva en Madrid la casa del Infantado, y en Barcelona la de Sástago y el Archivo de la Corona de Aragón; así podían los nobles y los cancilleres de los reyes transportar ó llevar consigo su archivo, cuando las necesidades de la vida medioeval les hacía cambiar de residencia; 4.º Arcones tesoros, llamados también huchas, de uso doméstico, como hemos dicho; 5.º

Arcones nupciales ó arcas de novia, esto es, donde el esposo enviaba á su prometida las ropas, joyas y galas que le regalaba con tal motivo; 6.º Arcones-armeros, donde los caballeros guardaban sus armas; y 7.º Arcones-trojes, en los que como su nombre indica se guardaba en las casas humildes ó de labranza el grano para el gasto diario. Menos los arcones de la última clase, los de las anteriores han sido susceptibles de embellecimiento por el arte, y más que ningunos los de las iglesias y las arcas de novia, huchas, etc., de las casas señoriales ó palacios de magnates.

Los arcones domésticos fueron sin duda en su origen, baulés más ó menos sólidos, pero sencillos, esto es, sin embellecimientos que les hicieran impropios de servir lo mismo para llevar equipaje en tiempo de guerra que para guardar el botín en tiempo de paz. Dulcificadas un tanto las costumbres y embellecida la existencia por el arte, cubriéronse los arcones, cuyo material obligado fué la madera, de exornos pintados ó tallados. Por el siglo xiii empezó á adquirir en Francia tal boga el uso de arcones tesoros ó *huches* decorados que su confección llegó á constituir entre los ebanistas-entalladores un oficio especial; llamáronse dichos artífices *huchers* y en París constituyeron un gremio, conforme á un reglamento, que favorecía el desarrollo artístico de los afiliados. Progresó notablemente en este sentido el gremio y así la *hucha* fué el más adornado de los arcones de la casa. En los Museos, especialmente en el de Cluny, hay notables ejemplos de esas *huchas*.

Acaso de Francia pasó á España la boga de las hu-

chas decoradas, y de las que se conservan, pocas habrá del siglo XIV; pero hay bastantes del XV. Alguien ha indicado, al ver que donde con más frecuencia se hallan es en Castilla, que dichos arcones se deben á los entalladores castellanos, cuyas mejores obras son los coros de las catedrales de Burgos, Palencia, Leon, etcétera. Por nuestra parte creemos que también se confeccionaron arcones artísticos en el Reino de Aragón, pues de la región aragonesa y de la catalana conocemos muchos ejemplares. En cambio, del mediodía de la Península no tenemos noticia de arcón alguno.

En Barcelona el inolvidable amigo nuestro y director que fué de esta revista, D. Francisco Miquel y Badía tuvo en su colección notables arcas de novia, unas muy curiosas pintadas y decoradas, otras talladas. En Madrid, en la colección de antigüedades que reunió el Sr. Marqués de Monistrol, ya difunto, figura un arca, que él mismo dió á conocer en el *Museo Español de Antigüedades* (t. II). Es un arca tallada en nogal, con labores de tracería de estilo ojival florido, sobre las que destacan en el medio un escudo que parece ser el de los Fernández de Córdoba, de quienes desciende la casa de Sástago, y á los extremos las flechas y grifos, emblema de los Reyes Católicos, por donde cabe suponer con el dicho monografista que el mueble en cuestión fuese hecho para contener algún presente que dichos monarcas hicieren al gran Capitán, pues también se dió ese uso á los arcones. La labor del que motiva este comentario nos parece de gusto aragonés ó catalán.

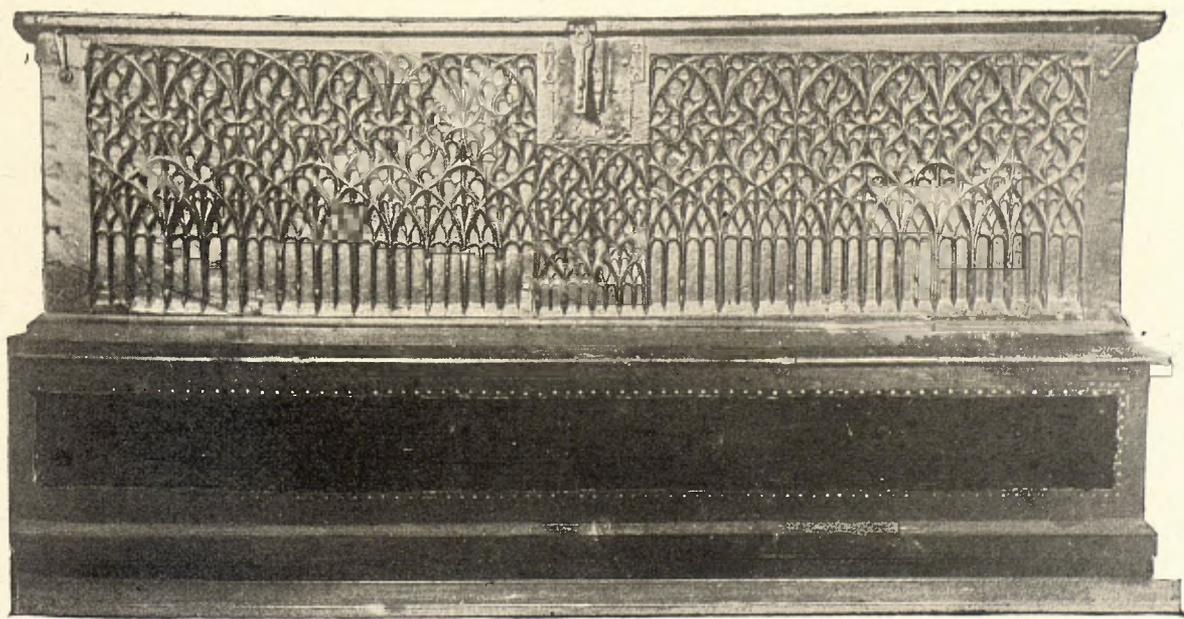
Nuestro Museo Arqueológico Nacional posee algunos buenos arcones. De ellos el de aspecto más antiguo es uno de tallas lisas con herrajes que permiten clasificarla como del siglo XIV y tres tallados, de gusto gótico y para ser más exactos con tracería ojival en su último florido período ó sea del siglo XV. Dos de estos arcones son los que reproducimos aquí.

El más importante, por estar adornado con un escudo de armas, fué donado al Museo por el cabildo de la Catedral de Leon, donde se conservaba y debió servir para guardar objetos destinados al culto, de modo que es un *arcón-garofláceo*, de los antecesores de las cajonerías en que poco después se hizo costumbre guardar dichos tesoros eclesiásticos. Es de nogal, cada lado y la tapa, de una pieza. Mide de longitud 2 metros y de ancho 75 centímetros. La labor de su frente, que se repite á los costados, es, como en casi todos los arcones españoles de su época y estilo, de traza arquitectónica, que simula un cuerpo de siete arcadas, trepadas de cardineas, la arcada de enmedio *canopial*, para cobijar el escudo, las tres de cada lado con rosetones de diferente dibujo y el campo superior é inferior lleno de pequeñas arcadas; encima corre un friso de trazado distinto á cada lado de la cerradura que le divide en dos trozos iguales. Dicha cerradura, de labor calada de florecillas y con pináculos es preciosa, como también las abrazaderas, tres á cada lado que refuerzan la junta de los tableros.

El otro arcón es de más menuda traza, también arquitectónica, de arcadas enlazadas, cuyas nervaduras se prolongan por encima formando círculos tangentes también enlazados y cuajados de labores más menudas, como el resto del campo; dos arcadas más pequeñas, dispuestas en igual forma, interrumpen el trazado general y sobre ellas asienta la cerradura que es más sencilla que en el interior. Para que la tapa ajuste mejor y no se vicie hay á los extremos sendas aldavillas ó ganchos. Mide 1'90 m. de largo y 0'60 m. de ancho.

El Museo posee algún otro arcón gótico interesante.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA



Arcón gótico. — Siglo XV



J. BORRELL.—VIEJA DE ANTAÑO, COQUETA DE HOGAÑO



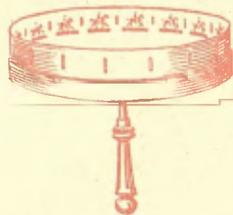
PRIMER PREMIO.- Autor: Julio Vila Prades



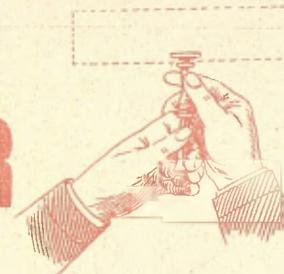
Concurso de Acuarelas  
 para un  
 PROYECTO DE CARTEL  
 del  
**Anis Figaro**  
 de la casa  
**J. Martinez Ymbert**  
 de  
**VALENCIA**



SEGUNDO PREMIO.- Autor: J. Aixa



# ANIMATÓGRAFO FAMILIAR



Ingenioso juguete que permite estudiar el movimiento de las personas y de los animales.

Los adultos admirarán en él una nueva aplicación de la fotografía animada, á los artistas les permitirá el estudio de varios movimientos y para los niños es un juguete entretenido é instructivo.



CON DOCE COLECCIONES DE FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS

Bailarina, Soldado, Caballo al paso, Caballo al trote, Caballo al galope, Caballo alta Escuela, Cabra Saltando, Elefante, Dromedario, Ánade volando, Perro Danés al galope, Cigüeña andando.

Hállase de venta en las principales librerías y en las tiendas de juguetes al precio de

PRIMERA SERIE

## Cuatro pesetas.

*Se remite por correo certificado contra el recibo de 4'75 pesetas en sellos ó libranzas del giro mútuo.*



A los corresponsales que pidan 4 ejemplares de una vez se les mandarán francos de porte.